

Mantener la lógica democrática

JOSÉ MARÍA SALBIDEGOITIA ARANA

Tras atentados como el de Berlín, tenemos que superar los retos ideológicos que nos plantea el terrorismo

Tras los últimos atentados, de nuevo Europa tiene el problema de cómo superar sus efectos ideológicos. Superar el terrorismo y alcanzar una convivencia en paz requiere de estrategias policiales, judiciales y políticas sobre las que mucho se ha hablado. Sin embargo, creo que se ha reflexionado menos sobre el análisis y estrategias para superar los aspectos ideológicos que las acciones terroristas nos plantean a la ciudadanía democrática. Es sabido que el terrorismo es uno de los tipos posibles de violencia. Y que no toda violencia es terrorista, por lo que mezclar todo tipo de violencias no ayuda a elaborar un adecuado discurso democrático que nos lleve a superar los objetivos ideológicos del terrorismo.

El acto terrorista es un acto violento que, entre otras cuestiones, tiene intencionalidad política. Esto es, trata de adquirir mayor poder, bien debilitando mediante la división al que considera enemigo y causa de todos los males, o apropiándose en exclusiva de todo un caudal de planteamientos ideológicos que, en principio, son comunes a mucha más gente, a la que aspira a representar y canalizar. En el atentado de Berlín, se ha podido constatar que las condenas de la violencia por parte de los líderes políticos, al no tratar sobre los adje-

tivos ideológicos y políticos que añade el terrorismo, son insuficientes desde un punto de vista democrático. A la condena moral del hecho de matar a otra persona debería ser exigible una condena política, porque el atentado supone privar a unos conciudadanos de todos los derechos humanos, y es también poner en práctica el modelo de convivencia que desean para el futuro, y sobretodo implica un determinado modo de imposición de sus ideas.

Sin embargo, los ministros de Interior y los medios de comunicación nos hablan con una jerga de mando policial («estamos en un nivel 4 o 5 de alerta terrorista») impropia de políticos. Porque los ciudadanos, ni sabemos ni queremos a jugar a ser jefes de policía para tratar de descifrar qué significa cada nivel. Una cosa es la tarea política de mantener la seguridad de los ciudadanos y otra es decirles que los poderes públicos van a poner los medios democráticos necesarios para defender los derechos y libertades de las personas y garantizar la pluralidad de la convivencia.

Se suele oír también, a quienes comparten alguna identidad con los terroristas (cultura, religión, lengua o nacionalidad, etc) que ellos no lo son y que no quieren la violencia, o que su religión es una religión de paz, o que su pueblo siempre ha sido pacífico. Evidente-

mente, ni todos los árabes, musulmanes, sirios, vascos, irlandeses, pakistaníes son terroristas ni apoyan la violencia. Esa no es la cuestión, y no es lo que se les interroga.

Lo que se les pide es que no se dejen ganar la partida ideológica. Y en esa tarea debemos estar juntos. Se les interpela para que los terroristas no se adueñen de su religión, su pueblo, sus sentimientos, que reivindiquen otras formas de convivir entre pueblos, entre culturas, que no les eliminen su pluralidad.

Cuando oímos a miembros de la comunidad musulmana decir «El Islam es una religión de paz», nadie lo duda. Pero esa no es la cuestión. El asunto es la apropiación ideológica que unos pocos terroristas hacen de la religión de la mayoría, para poder enmascarar y justificarse. Y eso debería quedar muy claro. Me gustaría escuchar a los afectados: «En mi nombre no». «En nombre del Islam, no». «No manchéis de sangre inocente mi religión, mi pueblo, mi comunidad, mi identidad», «No convertáis en asesina mi religión, mi pueblo, mi comunidad, mi identidad».

Y es que el terrorismo intenta sacarnos de la lógica democrática, de la convivencia en paz, y meternos en la suya. Una lógica que trata de dividir la racional lógica democrática, que entonces se tensa entre la fuerza de la sujeción de la razón y la de la pasión del sentimiento, y en eliminar la pluralidad de los pretendidamente suyos para neutralizarlos y convertirlos en comprensivos o simplemente pasivos con su violencia.

En definitiva, cada uno tenemos deberes para tratar de conseguir superar los retos ideológicos que nos plantea el terrorismo, y lograr una más extensa y mejor calidad convivencia democrática. Todo lo anterior nos debe hacer conscientes de que el terrorismo no es solo una cuestión policial, ni de repugna moral, sino también de confrontación de modelos políticos de convivencia, en cuanto que ensaya relaciones, acciones y pensamientos políticos claramente antidemocráticos y contrarios a los derechos humanos.